



## El patito feo



Érase una vez una pata de llamativas plumas de color marrón y blanco roto, con un toque de azul. Una mañana, mientras estaba cómodamente instalada en su nido, oculto entre unos juncos, incubando sus huevos bajo el sol estival, algo pareció moverse.



Al levantarse, descubrió que todos sus huevos habían eclosionado y, de ellos, habían nacido unos preciosos patitos de color amarillo. Bueno, casi... Entre ellos, había un patito un tanto diferente, de color gris con algunas manchitas negras. Pero, ¿qué es esto? Imposible, ¿una pata no puede tener un patito de este color?! Qué extraño...

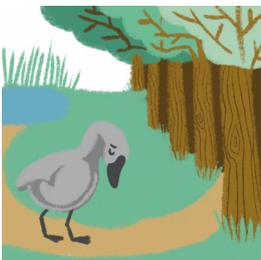


La pata, un tanto desconcertada, decidió irse de viaje con toda su prole. El patito de color gris, tan diferente de los demás, siempre se colocaba a la cola, sin saber muy bien qué hacer. Para empeorar las cosas, era un poco más grande y torpe que sus hermanos y hermanas.

[¿Cuántos patitos puedes contar?]



Los cuatro patitos amarillos no se portaban nada bien con el patito gris. Lo encontraban demasiado diferente a ellos, con su pico negro, sus plumas grises y sus patas, igual de palmeadas que las suyas, pero de color negro. Lo martirizaban todo el día, sin cesar. Además, para colmo de la maldad, le pusieron un apodo: el patito feo.



Nuestro pobre patito gris se sentía tan triste que decidió abandonar esta extraña «familia» en la que había nacido. Se fue cabizbajo, lloriqueando y esperando encontrar la felicidad en otro lugar.



Entonces, llegó el otoño. Los árboles se cubrieron de magníficos colores: rojo, amarillo, naranja, marrón. El patito había crecido, pero conservaba aún su plumaje gris, su pico y sus patas palmeadas negras. Incluso los pajarillos del bosque lo rechazaban y lo mortificaban. Lo agredían sin descanso y no lo aceptaban.



## El patito feo



Nuestro patito feo prosiguió su largo periplo para encontrar amigos, otras aves que lo aceptasen como tal y como era.

Durante este viaje, se encontró con unos gansos, con los que consiguió pasar unos días muy agradables, hasta que estos tuvieron que migrar a países más cálidos.

A continuación, llegó la época de la caza y ¡qué desgracia! Después de ser atrapado por unos cazadores, encantados de poder llenar sus alforjas con un succulento pato, consiguió escapar... de ellos y también de su perro.



Entonces llegó el invierno, con su manto nevado y su frío glacial.

Un anciano se encontró al patito oculto entre unas hierbas cubiertas de helada. Había quedado atrapado entre el hielo.

El anciano se apiadó del patito y decidió acogerlo en su casa para protegerlo del frío.



La pareja de ancianos que había acogido al patito pensó, en un primer momento, que se trataba de una pata y, por tanto, que disfrutarían de sus deliciosos huevos durante el invierno.

Pero pronto se desengañaron. Al cabo de unas semanas, la anciana estaba realmente furiosa de no tener ya huevos. —*¡Maldito pato! Estoy cansada de darte de comer, al final serás tú el que termine en la cazuela.*»



Antes de que la mujer cumpliera su amenaza, el marido, apiadándose del pato —que ya había crecido un montón y su plumaje se había vuelto de color gris claro—, decidió echarlo de casa.

¡Pobre patito! Era verdad que nadie le quería. Y volvió a iniciar su interminable búsqueda de amigos.



Tras alzar el vuelo varias veces, nuestro pato llegó a orillas de un lago.

Fue entonces cuando se dio cuenta, al contemplar su reflejo en el agua, de que ya no era un patito feo, sino un magnífico cisne.

De hecho, nunca había sido un pato. Y ese era el problema.

Las crías de cisne nacen grises y son más grandes que las crías de pato. Lo más probable es que el huevo se hubiera colado por error en el nido de la pata.



Después de tantas tribulaciones, nuestro hermoso cisne se reunió con un grupo de cisnes, a cada cual más majestuoso.

Por fin, nuestro pato convertido en cisne encontró la tranquilidad y la alegría junto a sus iguales. Él mismo había crecido mucho y se había convertido en un cisne muy bello... y feliz.